Clásicos y canon nacional: de Alejandría a Filipinas

David Hernández de la Fuente
Universidad Carlos III - Universität Potsdam
dla@hum.uc3.es - fuente@uni-potsdam.de

Licenciado en Filología Clásica, Hispánica y Derecho, y Doctor en Filología Clásica por la Universidad Complutense. Actualmente es investigador "Alexander von Humboldt" en la Universität Potsdam (Alemania) y profesor colaborador y secretario académico del Insituto de Estudios Clásicos "Lucio Anneo Séneca", en la Universidad Carlos III de Madrid. Ha sido investigador en varios centros internacionales de prestigio, *Visiting Scholar* en Columbia University, etc. Entre sus numerosas publicaciones sobre cultura clásica cabe mencionar sus libros *Oráculos griegos* (Madrid, Alianza 2008), *Bakkhos anax* (Madrid, CSIC 2008) y *Mitología contada con sencillez* (Madrid, Maeva 2005). Ha sido revisor, traductor y asesor en colecciones de clásicos universales y grecolatinos, y director literario de editoriales especializadas en los clásicos menos convencionales (como ELR Ediciones). Es, además, autor de obra narrativa con libros como *Las puertas del sueño* (2005, Premio Narrativa Joven Comunidad de Madrid) o *Continental* (2007).

Resumen: En este artículo se proponen algunas reflexiones sobre la cuestión de los clásicos y el canon. La lectura continuada de los autores que el tiempo y la recepción estética ha marcado como "clásicos" universales o nacionales ha sido fundamental para la tradición cultural de una nación o grupo de naciones. La política educativa ha reflejado esa lista de autores que conforman el canon nacional. A continuación, y a propósito de la publicación de una nueva colección de clásicos hispanofilipinos, se presenta un resumen de las principales cuestiones que implica el concepto de clásico, de canon y su aplicación a la cultura de un país, especialmente en el caso que nos ocupa, la literatura hispanofilipina.

Palabras clave: Clásicos, canon literario, literatura hispanofilipina.

1. INTRODUCCIÓN

La extinción lenta e inexorable de la literatura filipina en español tiene algo de decadencia prolongada pero gloriosa y está marcada por ese irresistible encanto de lo crepuscular. En cierto modo, *mutatis mutandis*, no está lejos del ocaso del mundo clásico en la época helenística e imperial romana, con la que podría establecerse una iluminadora comparación.

Con la progresiva desaparición del castellano en la vida pública desde la conquista norteamericana de las islas en 1898 y la implantación de un modelo educativo en lengua inglesa –al que seguiría la independencia real del país y un nuevo modelo en lengua filipina–, la literatura hispanofilipina ha corrido suerte pareja si bien, como ejemplo del atractivo de su largo declive, la llamada edad de oro de la literatura hispanofilipina se suele situar justo en los años que median entre la llegada de los norteamericanos y el final de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy el panorama es, en contraste, bastante desolador. La literatura hispanofilipina ha perdido terreno y es la gran olvidada en todo el mundo hispanohablante: y ello cuando se da la paradoja de que la formación de Filipinas como nación moderna e independiente se ha basado en gran parte en la literatura identitaria en castellano. Hoy, sin embargo, se prefiere traducir a los grandes escritores filipinos en castellano (como los clásicos Rizal, Paterno o Palma, o los más modernos) al inglés o al tagalo. Como ya advertía Luis Mariñas en 1974, "al no reeditarse las obras de los clásicos filipinos, éstas llegan a las nuevas generaciones a través de traducciones al inglés [...]. De forma que lo mejor de la literatura fil-hispana llega a las generaciones actuales en una lengua que no es la original, con la consecuente pérdida del espíritu y el estilo de la misma..."[1].

Ante esta situación han surgido varias voces que pretenden reivindicar este legado literario y nacional, lo que vuelve a poner sobre la mesa la vieja y debatida cuestión sobre los clásicos de un país, la lengua nacional (o lenguas nacionales) y el canon de esos clásicos en la educación. La necesidad de preservar esa gran herencia, que es la que ha inspirado a todas las colecciones y editores de textos clásicos desde el mundo helenístico hasta nuestros días, es la que ha movido este año al Instituto Cervantes de Manila, en colaboración con universidades de España y Filipinas, para crear

[1] Mariñas L., *Literatura filipina en castellano*, Madrid, Editora Nacional 1974, p. 73.

una colección titulada "Clásicos Hispanofilipinos", que pretende fijar un canon de textos fundamentales de la literatura filipina en español[2]. Tal empresa plantea, como decimos, una gran variedad de cuestiones, no ya solo desde el punto de vista filológico o ecdótico, a la hora de fijar los criterios de la edición, sino también todo un panorama histórico-cultural, educativo e incluso político. Procede ahora abordar algunos de estos temas a propósito del canon, los clásicos y su necesidad.

Desde su probable etimología latina (*classis*), los clásicos han sido la lista de autores "de clase", verdadera flota insignia de una lengua y de su tradición literaria y cultural. La idea de elaborar un canon de autores y obras clásicas no es nada nuevo en nuestros días[3] sino que se remonta a la antigüedad grecolatina, a los tratadistas de retórica y estilo como Aristóteles, Dionisio de Halicarnaso o Pseudo-Longino, a oradores como Cicerón y a los filólogos y gramáticos alejandrinos y bizantinos. Así, los orígenes de este empeño se entroncan con la propia historia de la literatura y de la transmisión de los textos literarios: la historia de la tradición clásica, con la selección de textos para los escribas y copistas[4], es en sí misma una historia de la edición de los clásicos y sus estrategias.

Ello vale también para las literaturas vernáculas y sus colecciones de clásicos, que han pasado la criba del tiempo de manera similar –aunque con menor recorrido– que los clásicos grecolatinos. Como se ve, tanto a la hora de elaborar una lista de los autores y las obras, como a la de establecer unos criterios de edición[5], la labor del editor y traductor de textos clásicos tiene enorme importancia para la transmisión de la cultura literaria e incluso una cierta responsabilidad histórica.

2. LA CUESTIÓN DE LOS CLÁSICOS

Pero, ¿por qué los clásicos? ¿Por qué su eterna vigencia? Estos textos han llegado hasta nosotros y han pervivido más allá de modas, de momentos pasajeros. Como dijo en su día el escritor francés Charles Péguy: "Homero es joven cada mañana y no hay nada más viejo que el periódico de hoy" . Es una idea que siempre hay que destacar: en los clásicos se encarna la humanidad más profunda, los problemas, tribulaciones y anhelos de los hombres desde la histora más remota.

La pregunta sigue resonando. ¿Por qué los clásicos? Y las respuestas que pueden darse son muy diversas, pero acaso interesa más constatar una vez más que hay una serie de textos que han marcado desde siempre la creación artística y literaria, como la médula espinal de nuestra tradición cultural, de las llamadas Humanidades: será imposible entender la cultura sin ellos, la historia literaria de la humanidad, pues esta no es sino un continuo de palabras e ideas que podemos retrotraer hasta los textos considerados "clásicos". De ahí la necesidad de leer, releer e interpretarlos, para extraer de ellos esa esencia siempre joven que les ha permitido vivir.

Como dijo acertadamente el pensador alemán Peter Sloterdijk los textos clásicos, desde los griegos, que pasaron su mensaje a los romanos y sucesivamente fueron siendo retomados generación tras generación, inician esta serie de obras que, desde un principio, formaron un "selecto club de lectura". Desde ahí, a los clásicos grecolatinos y universales, unidos a los nacionales, "los pueblos se organizaron a modo de asociaciones alfabetizadas de amistad forzosa, unidas bajo juramento a un canon de lectura".

No hay modas que seguir cuando se trata de señalar lo verdaderamente duradero de nuestra civilización, esos textos prestigiosos que sirven de referencia indispensable. A veces son usados por escritores de signo muy opuesto, por políticos, por filósofos, en citas que intentan ponerlos de su lado o usarlos como convenga en cada momento: porque su fuerza es grande, y también su *auctoritas*. Así han llegado hasta nuestros días sin perder ni un ápice de su frescura, influencia, prestigio y valor.

Existen muchas definiciones de "clásico" que no es momento ahora de enumerar, pero quiero detenerme en dos grandes escritores que, desde la veneración de los mitos e historias de la antigüedad, han sabido crear universos propios, muy cautivadores. Se trata de Jorge Luis Borges e Italo Calvino, que sugieren el tipo de lectura que ha de emprenderse a la hora de acercarnos a los clásicos, entendiéndolos como literatura pero también como mitología. Se puede intuir una serie de características de estos textos que nos llevan a preguntarnos: ¿qué hace de un texto un clásico? La principal de ellas es, a nuestro

---

[2] Su primer volumen publicado es *Cuentos de Juana*, de Adelina Gurrea Monasterio.

[3] BLOOM, H., *El canon occidental: La escuela y los libros de todas las épocas*. Ed. Anagrama: Barcelona, 2005.

[4] Véanse por ejemplo HIGHET, G., *La tradición clásica*, trad. esp., Fondo de Cultura Económica, México, 1978 (1ª reimpr.; 1996, última reimpr.), PFEIFFEL, R., *Historia de la filología clásica*, trad. esp., Gredos, Madrid, 1981, REYNOLDS, L. D. Y WILSON, N. G., *Copistas y filólogos*, trad. esp., Gredos, Madrid,1986 o WILSON, N. G., *Filólogos bizantinos*, trad. esp., Alianza Universidad, Madrid, 1994.

[5] BLECUA, A., *Manual de crítica textual*, Madrid 1990.

entender, su profunda humanidad, que les da vigencia casi en cualquier época y en cualquier lugar.

Borges apunta varias razones, con su habitual maestría en el idioma y el concepto, que hacen de un texto un "clásico":

"Clásico no es un libro, lo repito, que necesariamente posee tales o cuales méritos; es un libro que las generaciones de los hombres, urgidos por diversas razones, leen con previo fervor y con una misteriosa lealtad.

Clásico es aquel libro que una nación o un grupo de naciones o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término".

A partir de estas palabras, se pueden reunir cuatro notas que apuntan a la necesidad de conservar como un tesoro la lectura de estas obras:

1.- Fervor en la lectura: los clásicos no se leen como un best seller pasajero o una novela de éxito momentáneo, ni informan de la actualidad. Requieren casi un estado especial de ánimo, que ya se siente –podríamos decir –al tomar el libro en las manos y abrirlo[6].

2.- Lealtad a los clásicos: se vuelve a ellos una y otra vez, como referencia. No es raro que el lector acuda de nuevo a su "clásico" favorito, en busca de esa cita, ese pensamiento o esas palabras con las que tanto se puede identificar.

3.- Identificación del grupo: no solo se siente identificado el lector. El clásico hace que todo un grupo humano busque referencias en él: ya sea un país, en el caso de un clásico nacional, o una entera cultura o civilización.

4.- Búsqueda de lo absoluto: en sus páginas, en el clásico, el lector, el grupo de lectores creen encontrarlo todo. Se buscan absolutos, soluciones a los enigmas y misterios de la vida, consejos, profundas sentencias y verdades. Y es que el clásico es como el viejo amigo en el que podemos confiar. A veces se ha ido demasiado lejos en esta búsqueda, pretendiendo encontrarlo todo en un texto clásico: hay quienes cuentan las sílabas, palabras o números del Quijote o de la Odisea para encontrar misterios o rastros de tesoros perdidos... Pero metafóricamente, sin duda, sí que hay tesoros en ellos.

Por su parte, Italo Calvino enumera una serie de razones en su obrita *Por qué leer a los clásicos*, pero nos quedamos con la que sugiere que un clásico "nunca termina de decir lo que tiene que decir". Esa es la magia y la sugestión que provoca en la imaginación del lector, que siempre buscará más en ellos. Tanta es su calidad literaria y humana.

Hay muchos otros acercamientos al concepto de "clásico literario". Schlegel habló de la "poesía infinita" que se halla en esencia en algunos textos clásicos, Schopenhauer destacó la idea de "literatura permanente", y más recientemente, el escritor italiano Roberto Calasso ha vuelto a subrayar la existencia de una "literatura absoluta". Se ponen así de manifiesto diversas maneras de entender qué es tan especial en estos textos y en estos autores. A nuestro entender, enlazan unos con otros, a través del tiempo y de las modas, y dan de lleno en la diana de la humanidad: son libros que conmueven y mueven a la reflexión sobre las grandes preguntas de la naturaleza del hombre. Principalmente la muerte, las maneras de vivir y de amar, a las maneras de compaginar el yo con los otros, con el mundo, otorgando la consciencia fundamental del tiempo, de la subjetividad, de la diferencia.

A las muchas preguntas y respuestas que sugieren estos textos se debe dedicar siempre una atención especial, una lectura meditada. Se trata de leer estas palabras que fueron escritas hace tanto tiempo y que, misteriosamente, aún tocan algo dentro de nosotros y enlazan con nuestras preocupaciones y pensamientos más íntimos y hacen aflorar la sensibilidad, las pasiones... todo ello con la lectura. Vamos descubriendo cosas dentro de nosotros según leemos las antiguas pero familiares palabras de los clásicos: sentimientos comunes que no han cambiado a través de los siglos, poesía, fantasía, imaginación y evocación de lugares y tiempos lejanos, pero que sentimos como propios. Es como un despertar de la memoria, aunque no tengamos memoria de haber vivido las cosas que nos cuentan esos libros.

Los textos griegos y latinos, sus mitos y leyendas, son los clásicos por excelencia de nuestra cultura y son acaso los que merecen una lectura más atenta, por la lejanía en el tiempo y en la lengua. Escritos en lenguas lejanas y también, por qué no, prestigiosas; en lenguas muertas, bellísimas y versátiles, estos clásicos siguen fascinando hoy en día. Hay una enorme distancia

---

[6] Hay una anécdota sobre el concepto de "clásico" que refiere el gran poeta Pedro Salinas que puede ilustrar este punto: una joven estudiante le recriminaba a su profesor de literatura que no hubiera leído el último bestseller, una reciente novela y, asombrada, le decía "Pero ¿cómo? ¿Qué no la ha leído usted aún? ¡Pero si ha salido hace mes y medio!" Y el profesor, pacientemente, le respondió: "¿Ha leído usted la *Divina Comedia*?". Por supuesto, la estudiante replicó que no. "Pues ha salido ya hace más de siete siglos, hija mía." Véase BOU, E. (ed.), Pedro Salinas, *Quijote y lectura. Defensas y fragmentos*, ELR. Ediciones: Madrid, 2005.

en el tiempo: pero por otro lado, los sentimos cercanos en lo cultural. Griego antiguo y latín siguen siendo fundamentales para conocer mejor nuestras lenguas (y mejor conocernos a nosotros mismos, siguiendo el motivo clásico). En cierto modo, seguimos siendo griegos y latinos: y no sólo por nuestra lengua española, gallega, catalana. Pero puede hablarse también de otros clásicos universales, más modernos, que pertenecen por derecho propio al patrimonio cultural de la humanidad. Como son, por ejemplo, Cervantes, Shakespeare o Dante.

Hay, además, libros y autores de referencia en cada país, que son igualmente venerados en un determinado ámbito nacional o cultural. Es importante en ese sentido diferenciar claramente entre los clásicos universales y nacionales. No es que los clásicos sean patrimonio exclusivo de nadie, pero los hay que han marcado especialmente a un país y son más conocidos allí que en otros países que comparten tradición cultural. Ahí estaríamos hablando de un clásico nacional: en España, por ejemplo, el anónimo *Lazarillo de Tormes*, en Inglaterra, *Tristram Shandy* de Sterne, o en Portugal Eça de Queiroz. Sin embargo, es preciso tener en cuenta siempre que en nuestra tradición cultural hay unos clásicos que no conocen fronteras: desde los griegos y latinos, que lo son por excelencia, hasta Cervantes o Shakespeare. Ellos han entrado con toda razón en el canon universal, bien entendido que esta palabra puede ser polémica. Acaso debiera hablarse de "clásicos occidentales", en la medida en que, por ejemplo, muchos ignoran por completo los clásicos de la cultura china.

Entre esos clásicos vernaculares, mención aparte merecen los "clásicos hispánicos", que pertenecen al mundo de habla española y son valorados con especial fervor dentro de su tradición cultural. No sólo el *Mio Cid* o los poemas de Quevedo, sino, por derecho propio, las obras de Rubén Darío o Borges. Aquí se enmarcarían los clásicos hispanofilipinos, que han de tener la consideración de clásicos hispánicos en general, pero son particularmente relevantes para Filipinas como nación y como tradición, dentro de su mestizaje cultural.

Parece importante abundar en el concepto de "clásicos personales", como ha señalado repetidamente Carlos García Gual en trabajos sobre los clásicos y la cultura humanista como *El descrédito de la literatura*. Cada cual tiene los libros que más le han marcado en su vida, los más familiares, que conoce mejor y que, diríamos, le conocen mejor, de suerte que casi puede volver a visitarlos como "viejos amigos". Como dice Italo Calvino en su mencionado opúsculo "la escuela debe hacerte conocer bien o mal cierto número de clásicos entre los cuales (o con referencia a los cuales) podrás reconocer después a "tus" clásicos". Al final, como decíamos, es el público lector el que decide el canon de obras que pasarán a la historia como clásicos. Por ello es saludable comprobar la lista de "clásicos personales" de cada cual. Quién sabe los clásicos universales que encontraremos entre ellos.

Asi que puede afirmarse que la interpretación y relectura de los clásicos es esencial en la permanencia de la tradición literaria, y en la creatividad cultural que de ella deriva. Leer a los clásicos resulta una necesidad en todo momento histórico. Leer a los clásicos es algo siempre nuevo, pues resucita a los escritores de un pasado más o menos lejano que han dejado impresos en sus textos de larga tradición los mensajes más perdurables y las palabras de mayor fuerza poética, a modo de intérpretes privilegiados de la fantasía y la condición humana.

Leer de verdad es esto. Casi un ejercicio de necromancia, de resucitar a los muertos. De dialogar con ellos. Se trata de leer estas palabras que fueron escritas hace tanto tiempo y que, misteriosamente, aún tocan algo dentro de nosotros y enlazan con nuestras preocupaciones y pensamientos más íntimos y hacen aflorar la sensibilidad, las pasiones... todo ello con la lectura. Se van descubriendo cosas nuevas en uno mismo, sentimientos comunes que no han cambiado a través de los siglos, poesía, imaginación y evocación de lugares y tiempos lejanos, pero que sentimos como propios en una suerte de memoria ancestral. Esos textos, en cierta manera, están inscritos a fuego en nuestras almas, como patrimonio común y colectivo.

3. LA CUESTIÓN DEL CANON

El concepto de los clásicos plantea, en segundo lugar, la necesidad de contar con una lista de ellos, la famosa cuestión del "canon", palabra griega que en principio quiere decir "regla" y pronto señalará ese elenco prestigioso, realizado por la misteriosa autoridad del tiempo, que consagra a unos autores y hunde a otros en el olvido. La cuestión del canon, compleja y muy debatida, toca de cerca aspectos pedagógicos, sociológicos, estéticos e incluso éticos. La presente reflexión no quiere internarse en profundidad en todas estas variables, sino ofrecer un marco general, desde la consideración de los clásicos y a propósito de esta nueva colección de clásicos hispanofilipinos.

Los clásicos, como se ha dicho, van más allá de las modas del momento y perviven porque su mensaje trasciende lo momentáneo. Pero eso no quiere decir que esos textos se sitúen

más allá de la historia. Precisamente, su lectura aporta al lector esa consciencia del tiempo y la diferencia, de la fugacidad de las cosas y de su brillo, y de su paradójica e indeleble permanencia en un hilo estético y emocional que no cesa. La estética de la recepción, la criba que las edades han hecho de esos textos, dependen de variables numerosas. Sobre todo de la lealtad de los lectores hacia esos textos que estiman bellos y buenos, una apreciación del momento y de la posteridad.

Hágase una prueba. Tómese una edición de los años veinte de la editorial Prometeo, la célebre empresa cultural creada por el escritor español Blasco Ibáñez, y mírese su catálogo. Véanse también los catálogos de otras colecciones de autores consagrados de finales del siglo XIX. Cuántos textos, cuántos autores no habrán caído ya en el olvido, aunque el tiempo transcurrido sea relativamente breve. En el canon de los clásicos, pues las valoraciones pueden cambiar: hay autores que en su día fueron parte del grupo prestigioso de escritores canónicos, que gozaron de la apreciación unánime de la sociedad y la escuela, que fueron estudiados en cuanto a estilo y contenido, y luego sin embargo decayeron y fueron relegados a un segundo plano.

En la escuela, el canon seleccionado suele contener más bien a los "clásicos nacionales", que sirven de modelo por su dominio del idioma, por su estilo, más que por su contenido sublime. Los *curricula* de las escuelas de todos los tiempos han incluido a estos autores, que tienen gran interés aunque su estudio por obligación a una edad demasiado temprana puede ser contraproducente. En el mundo hispánico, por ejemplo, la *Celestina* o el *Libro del Buen Amor* se suelen leer en bachillerato, aunque quizá no sea lo más apropiado. Se tiende a elegir a estos clásicos nacionales para inculcar una conciencia de la lengua y su estilo, de la evolución de ambos, de la identidad nacional, etc. Curiosamente las lecturas de clase no suelen incluir a los grandes clásicos universales, que por su temática y humana profundidad sí que calarían hondo a los jóvenes espíritus. Tal vez hubiera que buscar un equilibrio entre los clásicos nacionales y los universales en las escuelas, promoviendo un debate en ese sentido en los programas educativos nacionales. Los clásicos son, en nuestra tradición cultural, básicos para una auténtica formación del individuo.

El libro en que Harold Bloom abordó este tema, publicado en 1994, creó una honda polémica, no sólo por el anglocentrismo del autor, pero contribuyó a defender firmemente el valor cultural de la lectura de los clásicos. El canon ha de formar el núcleo duro de la educación, y ello es lo que se encuentra en cuestión en estos tiempos de crisis en las humanidades: y más hoy día con la dudosa reforma universitaria llamada "proceso de Bolonia". Otros libros sobre esta decadencia de las humanidades en Estados Unidos, como *El cierre de la mente moderna*, de Allan Bloom (1989), o *Who Killed Homer?: The Demise of Classical Education and the Recovery of Greek Wisdom* de Victor Davis Hanson, John Heath (1998), han presentado un agudo estado de la cuestión que es aplicable a otros países y ámbitos culturales como el hispánico.

La sociedad está dejando de lado su responsabilidad de fijar en las escuelas un canon clásico para la educación, inspirado en los criterios de excelencia que sugieren las reflexiones anteriores y en las que se basa toda la tradición cultural de occidente. Se trata de una lista imprescindible, por razón de economía cultural. Como dice G. Steiner en su libro *Presencias reales*:

"¿De qué otra manera podría existir una cultura, una transmisión de valores? ¿De qué otra manera podrían el interés y la producción continuada acumularse en la inversión de la creatividad? Dada la finitud de la existencia personal y de la autoridad institucional, tiene que haber economías acordadas. Lo inferior, lo efímero, tiene que ser dejado de lado. Un canon, un programa de estudios, tamiza y separa y, al hacerlo, dirige nuestro tiempo y nuestros recursos de sensibilidad hacia la excelencia certificada y plenamente iluminada."

La lectura de los textos del canon clásico de una cultura es un estímulo formativo para la educación de los jóvenes. Se trata de fomentar la mímesis productiva de modelos de probada excelencia, la imitación dialogada con los textos antiguos, que es obligación de los maestros de todas las épocas inspirar en sus alumnos, de forma que se apasionen por todo lo que significan esos autores y obras "elegidas" por las edades.

Resulta que de las mareas de libros que se han escrito en la historia, unos pocos privilegiados han pervivido y han perdurado. Ahora son considerados canónicos en una suerte de selección natural darwiniana. Los buenos y grandes libros, como las especies fuertes, sobreviven a las épocas y a las modas, mientras que otros quedan en el camino. La selección del canon lleva, irremediablemente, a obviar otros muchos autores y ello cambia en función de cada lugar y época. No es lo mismo seleccionar un canon de clásicos para la enseñanza secundaria en España que en EEUU, o elegir ese mismo canon para el público culto de Alemania, como recomendaciones de lectura, en el nivel universitario, etc. En el caso de Filipinas, un país en la encrucijada de lenguas y culturas en contacto, es necesario confeccionar una lista integradora y no olvidar nunca el lugar

destacado de la literatura en lengua española, que se encuentra en claro retroceso y ha sufrido especialmente, por su situación de debilidad y desprotección oficial, el declive univesal de los *studia humaniora*.

Con respecto a este canon hispanofilipino, como en todos los demás, ha habido y habrá polémica. Puede que el tiempo ponga las cosas en su sitio, pero, al fin y al cabo, quienes eligen los clásicos para la enseñanza media pueden ser unos funcionarios, profesores o políticos; quienes seleccionan los clásicos de lectura en una editorial o en el mundo cultural unos prescriptores de opinión con criterios más o menos subjetivos, etc. El debate generado en torno al canon, en todo caso, es muy saludable. Y no está de más retomarlo para hablar de la literatura filipina en español: la cuestión identitaria no debe anteponerse a los criterios de excelencia en el estudio de los clásicos. Resulta triste ver cómo el gran patrimonio de los clásicos filipinos en español pierde toda su fuerza en traducciones empobrecedoras –pese a los méritos que tengan, todas lo son– a las lenguas dominantes hoy en el país.

Desde los diversos cambios de modelo educativo en Filipinas, con el paso a un sistema anglosajón y a otro, sucesivo, en filipino, la literatura filipina en castellano y la situación de esta lengua y sus criollos en las islas ha ido en franco retroceso. Lo cual es triste, insistimos, cuando el grueso de la literatura romántico-nacionalista que formó la propia identidad nacional filipina fue escrita en lengua española. La cuestión no es baladí ni privativa de un solo país. Es una auténtica preocupación nacional en varios lugares, desde Filipinas a Alemania.

En todo caso, la competencia para "canonizar" o no a los autores corresponde, al menos en materia educativa, a los Estados. Hay que promover una inteligente selección y ello debe reclamarse también en Filipinas, como en otras partes, porque estas políticas van a influir en muchas generaciones de lectores. La escuela es el primer paso para llegar al amor por los clásicos y darse cuenta de su valor en nuestra cultura: es fundamental un programa de estudios que incluya, cuando menos, el estudio de la lengua y la literatura donde se encuentran estos valores de continuidad cultural. Desde Platón a Cervantes, de éste a Rizal o Balmori. Una selección de autores y textos apropiados en las escuelas debe servir para incitar a los jóvenes lectores filipinos a profundizar en la lectura de los clásicos. Y es tarea de todos: profesores, padres, políticos...

La actual cultura de masas ejerce un poder despótico sobre el tiempo de la persona que, a pesar de tener cada vez más ocio, dedica ninguna o escasa parte a actividades relacionadas con la lectura. Pero aunque las corrientes actuales parecen contrarias, pese a que el canon los revista demasiadas veces de seriedad, hay que atreverse a leer estos textos, a dialogar con ellos, a alejarnos de lo inmediato y sumergirnos en lo más perdurable, en lo que de verdad vale la pena y merece el nombre de clásico.

4. UN FINAL: DE ALEJANDRÍA A FILIPINAS

Tras la brillante época clásica, en el Helenismo y la edad imperial, la educación griega clásica –la *paideia*– también se ocupó de la cuestión del canon literario a estudiar en las escuelas. La educación entonces ganó erudición literaria, perdiendo sus valores más políticos (en el sentido etimológico, "ciudadanos"). Y sin embargo puede afirmarse que es entonces cuando la educación griega se universaliza, convirtiéndose en patrimonio cultural de todo occidente, al marcar la necesidad de leer e imitar a unos clásicos. La gran expansión helenística y la posterior integración de la cultura griega en el mundo romano la extenderán como ideal formativo para todos los pueblos. Las cotas culturales alcanzadas en el mundo clásico fueron modélicas e insuperables, pero el mundo postclásico las consagra para la posteridad.

En el mundo griego postclásico se profesionaliza la enseñanza y, tras el maestro de primaria, o *grammatistés* tuvo gran importancia el llamado *grammatikos*, que perfilaba la formación literaria entre los 14 y 18 años, en una suerte de educación secundaria. Estos maestros tendrán una gran movilidad geográfica y social en el mundo griego. No sólo enseñaban a los poetas, sino también los grandes oradores clásicos, Antifonte, Demóstenes o Isócrates o a dramaturgos como Eurípides y Menandro, favoritos en esta época. En esta época, Alejandría se había convertido, tras la muerte de su fundador, Alejandro Magno, en la gran metrópoli helénica de la cultura. Su prestigio en ese sentido, sobre todo, desde que los monarcas ptolemaicos la dotaran de ricos establecimientos académicos, había llegado a eclipsar a la propia Atenas como centro de las artes y las letras griegas. En torno al Museo y a la Biblioteca de Alejandría se establecieron científicos, literatos y filósofos, y el renacimiento del platonismo, a cargo del egipcio Plotino, tuvo su centro en la llamada escuela de Alejandría. Allí se cultivaban las letras y las ciencias griegas, e imperaba el neoplatonismo de Olimpiodoro y sus seguidores. Allí surgió por primera vez la cuestión del canon: fue constante el empeño de elegir a los mejores autores, los textos que debían ser catalogados y conservados a

instancias de estas instituciones estatales –antecedentes lejanos, pero precursores, de los ministerios de cultura–, los que en la Bibliotheca Alexandrina eran llamados *hoi enkrithentes*, "los incluidos" o "los elegidos": aquellos autores que merecía la pena conservar para la posteridad y el canon.

Había también una selección natural de clásicos para las escuelas. Sabemos mucho de las lecturas y prácticas escolares de la época por los papiros encontrados en Egipto: hay incluso ejercicios de escritura retórica y composición literaria. En un plano cultural, conocer lo que se leía en la época en las escuelas es crucial para hacernos una idea de ese mundo griego ya extendido a lo largo del imperio, un sistema que promovía la *enkyklios paideia*, o educación integral o universal.

A partir de los 18 años, el joven debía ponerse en manos de un sophistes o un rhetor en una ciudad con "sede universitaria" (ya no solo Atenas, sino otros nuevos centros del saber: Roma, Alejandría, Constantinopla, Burdeos, Beirut y otros lugares). Se promovía así el viaje educativo en un ambiente en que se formaron durante la llamada segunda sofística (siglo II) y hasta tan hasta tan tarde como finales del V, generaciones muy fecundas en rétores, poetas y literatos, educados en el amor por un helenismo integrado en el Imperio Romano. Los oradores y profesores de un nivel que hoy llamaríamos "universitario" recorrían el mundo antiguo impartiendo lecciones y conferencias incluso ante multitudes.

En época romana, ya desde la conquista de Grecia pero más acentuadamente bajo el imperio, la educación griega cautiva el espíritu latino. Se traduce, por así decir, la paideia griega en la humanitas latina, parafraseando a Cicerón. Muy pronto se idealiza esta formación universal a través del estudio de las lenguas y los autores "clásicos". De hecho, el primer uso de esta palabra para el estudio de la gran literatura como pedagogía del alma (*scriptor classicus*) surge en el s. II, con el latino Aulo Gelio.

Con la llegada del Cristianismo hay un momento de crisis en la transmisión de los clásicos y en la configuración de su canon que estuvo a punto de costar cara a la tradición literaria occidental. Se llegó a un punto en que existió un riesgo cierto de romper la cadena, cuando algunos ideólogos y fundamentalistas propugnaron romper con la tradición clásica, con Homero, con Platón, con Virgilio, y centrarse solo en el estudio de las Sagradas Escrituras como únicos textos para las escuelas del futuro. Una ciudad y una cultura como la alejandrina fue escenario de esta crisis y esta pugna. Una lucha cultural, política y religiosa entre diversos partidos. Mosaico de razas, culturas y religiones, en Alejandría convivían egipcios, griegos, una importante comunidad judía y el cada vez más poderoso grupo de cristianos, que defendían la ortodoxia más radical. Los cristianos de Egipto, una comunidad creciente que había producido figuras como san Antonio o el obispo san Atanasio y movimientos tan exitosos como el monaquismo, defendían un cierto fundamentalismo que llevó a la destrucción de templos y bibliotecas, como el Serapeo de Alejandría y su gran biblioteca, o a actos de violencia inusitada contra la herencia clásica como el cruel asesinato de la filósofa platónica Hipatia.

Y sin embargo, pese a su conflicto inicial con la *paideia* griega pagana, se armonizará con ella gracias a algunos cristianos cultivados y tolerantes, eruditos como Basilio de Cesarea, Gregorio de Nisa o Agustín de Hipona, que fomentarán la convivencia de la literatura griega y latina pagana con las letras sagradas del cristianismo. Esto a la larga propiciará, paradójicamente, el triunfo definitivo tanto de los clásicos como del cristianismo (aunque esa es otra historia).

La educación clásica, y con ella su canon, pasó pronto a ser patrimonio también cristiano: tras San Pablo, Padres de la Iglesia clasicistas serán también Gregorio Nacianceno o Juan Crisóstomo. Como dice el citado San Basilio en su opúsculo titulado *A los jóvenes, sobre el provecho de la literatura griega*, "El estudio de los autores paganos es una útil preparación para el de las Escrituras. Así como los artesanos tiñen los tejidos que están destinados a cambiar de color a partir de ciertos preparados, y luego los bañan en la púrpura, de la misma manera la idea del bien debe estar trazada de forma imborrable sobre nuestras almas [...] El conocimiento profano es un ornamento para la mente."

Así comienza la tradición de los clásicos en un hilo que no ha cesado y que seleccionó el canon de autores fundamentales, a través de Bizancio y la Europa Medieval, el Humanismo y la Ilustración, hasta llegar a nuestros días. Se trata de un ejemplo que puede servir para la reflexión y la comparación, a la luz de las cuestiones planteadas a lo largo de estas páginas, con el caso de la literatura filipina en español. También ésta corre el riesgo de una extinción cultural por un excesivo celo y acento en otros lugares. Pero una actitud integradora y tolerante puede ayudar a que conviva con otras lenguas, otros cánones y otros autores. Si con los siglos, se ha consagrado la tradición clásica como modelo, con el estudio de los autores y la formación humanística, hay que desear que Filipinas, igualmente, no deje la literatura en español en el olvido. Es una riqueza propia que no debe perderse, como prueba el ejemplo de la vieja y gloriosa Alejandría.